

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO II

Coordinación

VIRGINIA GUEDEA
ALFREDO ÁVILA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2007

NÚMERO 195

Parte detallado de la acción de Calderón con sus documentos comprobantes

DETALLE de la acción gloriosa de las tropas del rey en el puente de Calderón, con los extractos y relaciones generales deducidos de los partes que remitieron los jefes de infantería, caballería y artillería, al señor general en jefe brigadier don Félix Calleja

Excelentísimo señor.— El 10 de diciembre último levanté el campo de las inmediaciones de Guanajuato, y me dirigí hacia Aguascalientes, donde después de la derrota y dispersión del ejército de los insurgentes en aquella ciudad, se habían reunido Allende, Huidobro, Iriarte, y demás cabecillas con gran número de los bandidos que les siguen. Pacifiqué al paso las villas de Silao, León y Lagos, batiendo y arrojando las gavillas de rebeldes que las ocupaban, y organicé su gobierno civil y político, aspirando siempre a restablecer el orden que estos malvados han alterado a costa de la ruina de sus conciudadanos.

Estos objetos y mis deseos de estrechar al enemigo por todas partes, y de dar fin de una vez a esta guerra destructora, me obligó a detenerme algunos días en aquellos pueblos, para dar tiempo a que bajando por Durango y el Saltillo tropas de las provincias internas, a cuyos jefes había escrito al efecto con repetición para que entrasen en Zacatecas y San Luis Potosí, acometiendo yo al enemigo por el frente, y amenazándole el ejército de reserva del mando del señor brigadier don José de la Cruz por Valladolid, se le encerrase hasta estrecharlo en la provincia de Guadalajara, y exterminarlo dentro de ella.

Este plan que vuestra excelencia se sirvió aprobar, tuvo efecto en parte, pues conociendo el enemigo su objeto por la lentitud de mis marchas, por la entrada que hizo el

señor Cruz en Valladolid, y tal vez por algunos correos que interceptó de los que dirigí a provincias internas, se replegó a Guadalajara dejando en observación a Iriarte en Aguascalientes con poca gente, y algunas piezas de artillería, quien se retiró hacia Zacatecas luego que me adelanté a Lagos.

Desde aquí despaché un destacamento a Aguascalientes al mando de los capitanes don Antonio Linares y don Ramón Falco, que se apoderaron de varios cabecillas, pusieron en libertad a algunos europeos que estaban presos, y nombrando justicias y autoridades públicas en aquella villa y en la inmediata de la Encarnación, regresaron con felicidad al ejército.

Acordé en mis ideas con el señor brigadier don José de la Cruz, y en vista de no recibir noticia alguna de los gobernadores de Durango y Coahuila, determiné seguir mi marcha a Guadalajara, para no dar más tiempo a que el enemigo aumentase las grandes fuerzas que ya se le suponían en hombre y cañones, y que repetidas noticias recibidas por varios conductos hacían subir a más de cien mil de los primeros, y ciento de los segundos; número que me pareció siempre exagerado, hasta que la experiencia lo confirmó.

No era mi ánimo hacer solo el ataque con el ejército de mi mando, sino aguardar a que el señor Cruz concurriese a él al propio tiempo o con corta diferencia, para que cayendo con todas las fuerzas sobre el enemigo y cortándole la retirada, resultasen las mayores ventajas posibles, a cuyo efecto nos habíamos puesto de acuerdo sobre nuestra marcha, que aquel jefe se vio en la necesidad de retardar por la brillante acción que sostuvo a las inmediaciones de Zamora, y por las dificultades que se encontró en el camino; pero habiendo sorprendido mis avanzadas el día 15 de enero último en el pueblo de Tepatitlán, un correo que dirigía Hidalgo al salteador Marroquín, jefe de una división de cinco a seis mil hombres, y algunas piezas de artillería, que se hallaba en observación de mi ejército, en

la que le participaba con fecha del día anterior que al siguiente saldría de Guadalajara con su ejército a encontrar y batir el mío, y notando en mis soldados aquel valor o impaciencia que es el presagio de la victoria, determiné seguir mi marcha resuelto a atacarle en cualquier número y paraje que le encontrase.

El 16 salí de Tepatitlán con dirección al puente llamado de Calderón, distante seis leguas, donde se me aseguraba podría hallarse el ejército enemigo amparado de su fuerte posición y de las ventajas que le daba la estrechura y elevación y aspereza del terreno, con ánimo de ocupar antes este punto si era posible; pero el enemigo estaba ya apoderado de él, y mis partidas de descubierta compuestas de las dos compañías de voluntarios de Celaya y Guanajuato, le reconocieron aquella tarde y sostuvieron un vivo fuego con sus avanzadas, adelantándose hasta desalojarlos del puente y sus inmediaciones, en términos que me vi precisado a protegerlos despachando al efecto el cuerpo de infantería ligera de patriotas de San Luis Potosí, al mando del teniente coronel don Juan Nepomuceno de Oviedo, que con su cañón hizo fuego sobre las baterías enemigas; a la compañía de escopeteros de Río Verde agregada al mismo cuerpo, al del teniente don Manuel Ortiz de Zarate, y dos escuadrones de España y México con su comandante don Gabriel Martínez y don Benito Astudillo, dando también tiempo para que se situase y tomase posiciones el ejército al abrigo de una pequeña colina por acercarse ya la noche.

Ésta la pasé al Vivac, combinando mi plan de ataque con respecto a la situación del enemigo que según lo que había podido observar la tarde anterior, las pocas noticias que adquirí por algunos prácticos, y lo que después comprobé a la vista, era la de hallarse con un número muy considerable de gente y artillería sobre una loma escarpada de bastante elevación que corría a mi izquierda en la longitud, como de tres cuartos de legua, hasta descender a un llano o loma inclinada de grande extensión, donde el enemigo tenía reunidas

sus principales fuerzas; y en la parte superior una gran batería apoyada su espalda a una profunda barranca y flanqueada su izquierda por otras dos baterías menores, que a distancias iguales la defendían y abrazaban toda la circunferencia del terreno una barranca y arroyo profundo que corría en la dirección de este a sudeste, sin otro paso que el puente descubierto a todos sus fuegos; lo que daba a su campo la posición más formidable que manifiesta el plano que acompaño.¹

En este estado y sin más datos que los que pude recoger aquella tarde, formé mi plan de ataque reducido a que una columna fuerte atacase por la derecha del enemigo hasta desalojarlo de la loma y baterías que tenía colocadas en ella, al mismo tiempo que otra igual avanzase por la derecha mía, para llamarle la atención por ambos lados, atravesase el puente, o vadease el arroyo, según conviniese, cayendo a un tiempo con todas las fuerzas sobre el centro en que se percibía todo el grueso del ejército insurgente.

Conforme a este plan, y después de haber hecho reconocer aquella noche por la compañía de voluntarios de Celaya si había algún paso inmediato que facilitase el acceso o subida a la loma de la izquierda, dispuse al amanecer del día 17 que el regimiento de infantería de la Corona al mando de su coronel don Nicolás Ibarra y su sargento mayor don José María Villalve, y la caballería de la izquierda compuesta del regimiento de dragones de México mandado por el capitán barón de Antonelí, el de Puebla al de su coronel don Diego García Conde, y el piquete de Querétaro al de la misma clase don Manuel Pastor, marchasen con cuatro cañones de batalla a las órdenes de mi segundo el señor conde de la Cadena a verificar la parte que le correspondía del plan; cuya columna hizo reforzar poco después con el regimiento de dragones de San Luis mandado por sus jefes el señor marqués

¹ Suspendió después la remisión de este plano por no exponerlo a un extravío.

de Guadalupe Gallardo, el señor conde de San Mateo. Estos cuerpos verificaron con imponderable trabajo, la subida a la loma, venciendo con grande resolución e intrepidez las dificultades que presentaba el terreno, teniendo que subir a brazo la artillería, hasta trepar bajo el fuego del enemigo a la cumbre en que colocados en batalla, acometieron a la multitud de insurgentes que coronaban aquella altura, obligándoles a retroceder hacia sus baterías, y sucesivamente, tomadas éstas, hacia el grueso de su ejército.

Al mismo tiempo dirigí yo mi marcha con el resto del ejército hacia el puente, sostenido con el fuego de los cañones de vanguardia la subida a la loma de la columna de la izquierda, que para facilitar y proteger todo lo posible auxilié también con la compañía de gastadores de la columna de granaderos destacándola al mando de su capitán don José Ignacio Vizcaya, y que colocada sobre la misma altura en paraje conveniente y con orden de unirse a aquella división, lo verificó con suma presteza y bizarría, sosteniendo ella sola con un vivo fuego el ataque de gran número de insurgentes que intentaron cortarla, logrando rechazarlos, tomarles dos cañones y unirse a la división.

Seguí mi marcha hasta acercarme al puente desde donde descubrí ya todo el grueso del ejército enemigo y su respetable posición, a cuya vista considerando las dificultades que ofrecía el paso del puente, determiné adelantarme con mi estado mayor, los cuatro cañones de vanguardia, el batallón ligero de patriotas, la compañía de escopeteros de Río Verde, las dos de voluntarios, y la de mi escolta por mi derecha hasta situarme sobre una pequeña altura, desde la cual podía observar mejor al enemigo, y desde donde empecé a hacer fuego a su inmediata batería de la izquierda; disponiendo enseguida que se me reuniesen el primer batallón de la columna de granaderos al mando de su comandante el señor coronel don José María Jalón y su sargento mayor don Agustín de la Viña, y la caballería de la derecha del cargo del teniente coronel don Miguel del Campo, compuesta del escuadrón dragones de

España, y del regimiento de San Carlos.

Para que dirigiese la marcha de estos cuerpos despaché a mi primer ayudante el teniente coronel don Bernardo Villamil con orden de que formando otra columna con el segundo batallón de granaderos del mando del teniente coronel don Joaquín de Castillo y Bustamante, los dos escuadrones de caballería del cuerpo de frontera a cargo de su comandante el capitán don Manuel Díaz de Solórzano, y los dos cañones del parque, atravesase el puente y fuese en auxilio de la división de la izquierda que habiendo anticipado inoportunamente su ataque contra la grande batería y muchedumbre de enemigos del centro, sin aguardar el movimiento de la derecha, y consumidas las municiones después de un porfiado y sangriento ataque que sostuvieron los europeos con el mayor ardor y bizarría, *se había visto en la necesidad de replegarse hacia la loma de la izquierda.*

El expresado primer ayudante cumplió mis órdenes con suma celeridad y exactitud, llegando a tiempo en que habiendo empezado a retroceder también los dos regimientos de Puebla y San Luis que aún se sostenían contra todo el grueso del ejército enemigo, logró imponer a éste cargándole a la bayoneta en unión del cuerpo de frontera, y de un destacamento de dragones de San Luis, dirigido por el teniente veterano del mismo regimiento don Manuel Tovar; cuyo valor y en especial el que manifestaron en esta ocasión los granaderos manteniéndose cerca de dos horas al frente de la gran batería enemiga, arrostrando al vivo fuego de ella, avanzando y haciendo alto según lo exigía el caso, no podrá nunca ponderarse bastante, pues ellos contuvieron e hicieron retroceder al inmenso cuerpo de infantería y caballería enemiga, que aprovechándose del momento trataron de envolverlos dando lugar a mi llegada.

Entre tanto, la división de la derecha se cubría de honor y de gloria a mi vista; la

caballería mandada por el señor general de ella don Miguel de Emparan, compuesta de los expresados cuerpos, avanzó por el camino antiguo, dando vuelta para coger al enemigo por la espalda, lo que ejecutó con toda prontitud, a pesar de las grandes dificultades que ofrecía el terreno, mientras que yo desde la altura en que estaba situado protegía su ataque haciendo fuego sobre una batería de siete cañones que ocupaba el enemigo y de la cual les hice desalojar por el primer batallón de granaderos y el batallón de patriotas de San Luis, con parte de la caballería de reserva que la componían cuatro escuadrones de lanceros mandados por sus comandantes don Juan Pesquera, don Martín Collado, don Gabriel Armijo, y don Francisco Orrantia todos a las órdenes del capitán de dragones don Pedro Meneso.

El espíritu, serenidad y entusiasmo con que los granaderos y patriotas, conducidos por sus jefes el señor don José María Jalon, y el teniente coronel Oviedo, avanzaron a la batería enemiga atravesando el arroyo con el agua hasta la rodilla, sufriendo el vivo fuego de su artillería y la lluvia de piedras y flechas del enemigo que en grande número bajaron a defender a toda costa el paso, es digno del mayor elogio; estos valientes soldados despreciaban todos los peligros, y arrollando cuantos obstáculos se les presentaban, lograron apoderarse de la batería y poner a los rebeldes que la defendían obstinadamente en precipitada fuga; en cuya situación y observancia que un gran número de ellos cargaba a la derecha a la caballería del mando del señor Emparan, voló a su socorro el batallón de granaderos, e interponiéndose entre ella y los enemigos, mezclándose con éstos, desplegó en batalla y cargó a la bayoneta, haciendo una horrorosa carnicería, en términos que me asegura su comandante no haber bayoneta alguna en todo el primer batallón que no esté teñida en sangre de insurgentes; y ya en unión de la caballería, ya separadamente dispusieron estos jefes perseguir a los enemigos hasta ahuyentarlos, de suerte que no

volvieron a aparecer más por aquella parte.

En este estado y siendo impracticable el paso desde mi derecha para reunirme a la izquierda que *se sostenía con dificultad al frente de la gran batería y ejército enemigo*, me encaminé a aquel punto por el puente, dando orden para que me siguiesen las tropas de la derecha. Los rebeldes habían reconcentrado todas sus fuerzas en esta batería, y era necesario hacer un pronto y extraordinario esfuerzo para desalojarlos de ella e impedir el terrible efecto de setenta y siete piezas de artillería, la mayor parte traídas de San Blas de calibres de 24 hasta el de 4, que formando un semicírculo barrían la llanura; por lo que aprovechándome del entusiasmo que mi presencia inspiró a las tropas, mandé reunir en un punto mis diez cañones de batalla, y que avanzando en este orden el segundo batallón de granaderos, el regimiento de la Corona a su izquierda en columna por la orilla de la barranca a que se apoyaba la batería y con orden de desplegar luego que lo permitiese el terreno; y a la derecha el batallón de patriotas y los cuerpos de caballería en columna prontos a desplegar en batalla al gran galope, se dirigiesen todos sobre la batería, haciendo nuestra artillería el fuego más violento para desconcertar al enemigo, al paso que la división de la derecha que desembocaba a la sazón el puente sostuviese el ataque.

Todo se verificó en los términos que lo dispuse, y los cuerpos avanzaron con el mayor ímpetu y animosidad; siendo obra de pocos minutos el acometer la batería y apoderarse de ella, no obstante el inmenso número de insurgentes que la defendían y *la resistencia que opusieron sosteniéndose hasta el término de que las tres armas llegaron a un tiempo, y la artillería misma a tiro de pistola*.

Al tiempo que la caballería seguía el alcance del enemigo y en especial el regimiento de dragones de San Luis que destiné al efecto a las órdenes del señor conde de San Mateo, dispuse que el señor don Diego García Conde, con el mismo batallón de

granaderos, los dragones de México, Puebla, Querétaro, cuerpo de frontera y parte del de San Luis, atacase la última batería de la izquierda, que aún mantenía el enemigo haciendo fuego, sosteniendo el ataque el regimiento de la Corona; lo que verificó aquél jefe tomando seis cañones de grueso calibre y persiguiendo y haciendo grande destrozo en la multitud de insurgentes que rechazados de todas partes se habían refugiado a aquel punto, *completando así una victoria que había estado indecisa por seis horas*, y cuya retardación sólo sirvió para acreditar la invencible firmeza de las valerosas tropas de este ejército.

El aspecto que presentaba el campo cubierto de cadáveres, de cañones, municiones y todos los despojos que en tales casos ofrece la derrota de un ejército tan considerable, llenaba de horror contemplador cual era el fruto de las maquinaciones del cura Hidalgo, de Allende y demás cabecillas, que siendo los autores de tantos males tuvieron buen cuidado de emprender la fuga anticipadamente sacrificando a los infelices alucinados que les seguían.

No puedo calcular el número de muertos del enemigo; pero por las noticias que se han recibido hasta ahora es muy considerable el de los que se han encontrado tirados en el campo, siendo inaveriguable el número de los heridos que habrá muerto en las barrancas y fragosidades por donde se dispersaban.

Mi pérdida parecerá increíble atendida la inmensa muchedumbre de los enemigos, y el número y calidad de sus armas pues además del conjunto de cañones que habían reunido, y de los cuales solamente *los tomados llegan al número de noventa y cinco de todos calibres*, que manifiesta el estado adjunto (igualmente que el de las municiones que se encontraron), *tenían siete regimientos vestidos y armados*, cuyas banderas se les han cogido. Mi pérdida pues, no excede de cincuenta muertos y ciento veinticinco heridos; lo que, entre otras cosas debe atribuirse a la visible protección que el Señor de los ejércitos

dispensa a la más justa de las causas.

No puedo dejar de hablar con mucho sentimiento de la lamentable pérdida de mi segundo el señor conde de la Cadena, quien habiéndome acompañado hasta tomar la batería del centro, se separó de mí llevado de su gran valor y entusiasmo a seguir el alcance de los enemigos en que pereció con algunos pocos que le acompañaron, llenando de luto todo el ejército por la grande estimación y confianza que inspiraban su persona y virtudes militares.

Si yo hubiese de hablar en particular del mérito de los jefes, oficiales y soldados de este ejército, y de las acciones señaladas de valor con que muchos se han distinguido, llenaría un volumen; por lo que me reduzco a acompañar a vuestra excelencia los extractos y relaciones generales deducidas de los partes dados por los cuerpos, que me han dirigido los mayores generales de infantería y caballería, y el que me ha pasado el comandante de la artillería por lo respectivo a esta arma, los cuales si vuestra excelencia lo tuviese a bien puede servirse mandar que se inserten en la gaceta con los estados que acompañan de muertos, heridos y extraviados.

A todos en general los recomiendo a vuestra excelencia pues no ha habido uno solo que no haya expuesto en esta acción muchas veces su vida, y en especial a los que de las mismas relaciones resulta haberse distinguido, y a las mujeres, padres y familias de los que han sacrificado sus vidas con tanta gloria en defensa de la religión, del rey y de la patria; y muy particularmente a la viuda e hijos del señor conde de la Cadena, de los cuales dos que son don Antonio y don Manuel Flon, sirven en este ejército desde el principio de la campaña, con mucho honor en la clase de capitanes de milicias, y son muy acreedores por su mérito y el de su padre a las piedades de su merced.

Faltaría a lo que debo a la justicia si no recomendase igualmente a vuestra excelencia al señor coronel don Miguel de Emparan, que herido gravemente en la cabeza en

el ataque de la derecha, manifestó su grande serenidad y espíritu, acometiendo a los enemigos que le cercaban, y continuado en ordenar sus escuadrones hasta poner en fuga el enjambre de insurgentes que le atacaban; al señor comandante de la columna de granaderos don José María Jalon, que no obstante hallarse enfermo ese día permaneció a la cabeza de su primer batallón y contribuyó no poco con sus disposiciones y con el aliento que inspiró a su tropa al feliz resultado del mismo ataque; al teniente coronel don Ramón Díaz de Ortega, comandante de la artillería y cuartel maestro general del ejército, que dirigió las importantes operaciones de esta arma, con especialidad en el último ataque de la gran batería, con el acierto y espíritu que tiene acreditados; al teniente coronel don Bernardo Villamil, por la actividad e inteligencia con que cumplió mis órdenes; al de la misma clase don Joaquín de Castillo y Bustamante, que manifestó mucha serenidad y firmeza en los ataques del centro y de la última batería; al capitán don Saturnino Samaniego por la intrepidez y espíritu que ha manifestado en todas las acciones, y señaladamente en la de la derecha yendo con el señor general de la caballería, y hallándose después en la de la última batería mandando un trozo del segundo batallón de granaderos, de las cuales salió herido; al capitán don Juan Delgado, y al alférez don José Zavala, que en la clase de ayudantes fueron con la columna del centro y auxiliaron las operaciones de ella con mucho valor; al teniente veterano de dragones de San Luis don Manuel Tovar por la bizarría con que se portó en los últimos ataques acometiendo a los enemigos con un corto número de hombres y haciendo grande carnicería en ellos; al capitán de gastadores don José Ignacio Vizcaya, y sus dos subalternos don José Polo y don Miguel Guillen por la heroica acción que sostuvieron sobre la loma de la izquierda; y al voluntario distinguido que sirve en la misma compañía de gastadores don Antonio Ondarza por el valor que acreditó llevando órdenes a su capitán y al señor conde de la Cadena por entre las partidas desordenadas de insurgentes que inundaban el campo.

Los mayores, generales de infantería y caballería, teniente coronel don Manuel de la Sotarriba y coronel don Manuel Espineta estuvieron a mi lado durante la acción activando mis disposiciones y comunicando con inteligencia las órdenes por medio de los ayudantes, en cuya clase se distinguieron por el acierto y prontitud con que las llevaron los ayudantes mayores don Juan de Urquidi, don José Mora y don Ignacio Urrutia, y el alférez don José Ignacio Iberri, y no omito hacer mención de los capellanes y cirujanos del ejército que han llenado cumplidamente sus obligaciones, y en particular el reverendo padre fray Nicolás Pacheco capellán de la plana mayor y el cirujano mayor don José Sanz.

Al día siguiente de la acción levanté el campo y me dirigí a Guadalajara a cuyas inmediaciones salieron a recibirme y prestar sus homenajes al gobierno la Real Audiencia y autoridades eclesiásticas y civiles; dando el inmenso pueblo de esta capital a la entrada del ejército las más sensibles pruebas de alegría por verse libre de la tirana dominación de un monstruo que fiado en las grandes fuerzas que había reunido por el espacio de dos meses y medio, formando un ejército *de más de cien mil hombres*, fundiendo artillería, trayendo a grandes costos del puerto de San Blas cuarenta y tres piezas hasta completar el número de ciento treinta, valiéndose del arma de las proclamas y manifiestos seductores por medio de la imprenta; y en una palabra acumulando todos los recursos que ofrece el país *y de que eran capaces las provincias de la Nueva Galicia, Valladolid, Zacatecas, parte de la Sonora, y toda la de San Luis Potosí donde se obedecían sus órdenes*, se lisonjeaba llegar a coronarse, habiéndose gratuitamente anticipado el pomposo título de generalísimo y el de alteza serenísima, y arrollar este ejército; siendo su expresión favorita a su salida de Guadalajara que iba a *almorzar al puente Calderón, comer en Querétaro, y cenar en México*; confianza y esperanzas vanas que le hicieron romper la valla de los miramientos y consideraciones, y declarar un odio implacable hacia todo europeo y criollo honrado, cuyo

exterminio había jurado y de los cuales sacrificó en sola esta ciudad hasta el número de seiscientos hasta setecientos, haciéndolos sacar entre las sombras de la noche en partidas de cincuenta individuos para ser degollados, como lo fueron inhumanamente en las barrancas inmediatas a esta capital, y cuyos restos mutilados y dispersos se han trasladado a las iglesias para darles sepultura, y para hacer pública la ferocidad de este tigre que sólo nació para la ruina de su país.

Dios guarde a vuestra excelencia muchos años. Guadalajara 8 de febrero de 1811.—
Excelentísimo señor.— *Félix Calleja*.— Excelentísimo señor virrey don Francisco Javier Venegas.

DOCUMENTOS COMPROBANTES

Extracto que forma el mayor general de infantería de las relaciones dadas por los cuerpos de su cargo acerca de los muertos, heridos y acciones particulares que cada uno tuvo en la función de puente Calderón el día 17 de enero de 1811

COLUMNA DE GRANADEROS

Este cuerpo tuvo veintiún heridos y ningún muerto ni extraviado; el señor coronel comandante de él don José María Jalon expone: que habiéndosele mandado cargase a la derecha del enemigo con su primer batallón, lo verificó descendiendo de la loma, atravesando un barranco profundísimo con el agua hasta la rodilla, y a pesar de la tenaz resistencia de los enemigos, y fuegos de su artillería, logró subir a la otra parte, formar en batalla, y haciendo un fuego sostenido, ponerlos en precipitada fuga, avanzando en orden sobre ellos, los que volvieron a atacarlo y fueron igualmente rechazados, dejando un cañón

del puerto de San Blas.

Que viendo atacaban en mucho número a nuestra caballería que se hallaba sumamente embarazada, tanto por esto, como por lo pésimo del terreno, formó en columna, voló a su socorro, desplegó en batalla su izquierda, y poniéndose en el intermedio de ella y los enemigos, les causó una horrorosa carnicería en términos que no volvieron a aparecer más, por lo que se reunió al resto del ejército.

Manifiesta que no faltó ningún oficial a su puesto, y que constantemente se mantuvieron animando a la tropa, que todas sus bayonetas están teñidas de sangre de insurgentes, que su sargento mayor don Agustín de la Viña acudiendo a donde había necesidad se mantuvo constantemente animando a la tropa con sus palabras y ejemplo, lo mismo que los ayudantes don Ignacio Urrutia y abanderado don Bernardo Herrera, diciendo le costaba menos vencer al enemigo, que contener a la tropa ansiosa del combate; añadiendo tuvo aviso por la que fue a forrajear al lugar de la función que había más de 1,200 muertos y que aún había muchos más.

Recomienda al voluntario don Antonio de Ordarza que sirve a sus expensas en la compañía de gastadores, en cuya clase se halló y distinguió en Guanajuato, quien en la de Puente Calderón salió contuso, por cuyos méritos y los que según noticias ciertas contrajo en Aculco, le considera acreedor a la atención de vuestra señoría para la debida remuneración; y en cuanto a su segundo batallón se remite al parte que copia de su teniente coronel don Joaquín del Castillo por haber operado éste por separado.

Dicho teniente coronel refiere que habiendo recibido por el primer ayudante de vuestra señoría el teniente coronel don Bernardo Villamil la orden para pasar con dos cañones, su segundo batallón y dos escuadrones del cuerpo de frontera a proteger la parte del ejército que operaba por la izquierda a las órdenes del señor conde de la Cadena, lo

verificó dirigiendo la marcha el expresado teniente coronel don Bernardo Villamil, auxiliado del capitán don Juan Delgado por el conocimiento que tiene del terreno.

Que luego que llegaron a la loma en que estaba situada la gran batería de los insurgentes, desplegó en batalla y se empezó el fuego con los dos cañones que llevaba hasta que éste cesó por haberse incendiado el campo; lo que visto por los enemigos le atacaron con el grueso de su caballería e infantería de fusil y flechas, por lo que dispuso el citado teniente coronel Villamil les cargase a la bayoneta, yendo a carrera formado en batalla y protegido por la caballería nuestra, lo que obligó al enemigo a retirarse volviéndose con su batallón a su primera situación, en donde advirtiendo estaban los dos cañones de batir sin municiones, se mandó por ellas al parque al capitán don Juan Delgado quien lo ejecutó con la mayor exactitud.

Que mientras éstas llegaron sufrió el fuego de cañón y fusilería enemiga que querían envolverlo por la izquierda, lo que evitó con paso oblicuo por aquel costado.

Que considerando el mayor calibre y número de cañones de los enemigos, y persuadido por la experiencia, de que el modo más seguro de derrotarlos era atacarlos a la bayoneta, lo propuso al señor conde de la Cadena, a quien aunque le pareció bien, resolvió esperar las municiones, manteniéndose en su posición a pesar del incesante fuego del enemigo (que por una prodigiosa felicidad) causó muy corto daño, ayudándole mucho en aquellas duras circunstancias la presencia, conocimiento y bizarría del teniente coronel don Bernardo Villamil.

Que habiéndosele incorporado la compañía de gastadores manifestó al señor general su opinión y deseo de atacar a la bayoneta, lo que pareció bien a dicho señor que rompiendo el fuego con nuestra artillería marchó con su batallón en batalla avanzando en esta disposición a la gran batería que por fin se tomó, cuyo número pasaba de 60 piezas.

Que reunidos los enemigos en su última batería fue su batallón uno de los destinados para desalojarlos, lo que ejecutó oportunamente a la carrera, concluyéndose la acción y recogiendo dos culebrinas y dos cañones de a ocho, por lo que cuando se retiró su tropa, recibió vivas y aclamaciones del ejército.

Expresa que su batallón se componía de las compañías provinciales de Toluca, Celaya, Valladolid, Guanajuato y Oaxaca, y pide se den noticias a sus respectivos jefes para su satisfacción; expresa los oficiales que formaban en dichas compañías, los que por su firmeza, serenidad y bizarría son dignos de la mayor consideración; particularizando al capitán don Diego Gómez de la Barrera por haber desempeñado a su satisfacción el cuidado del buen orden de la cabeza del batallón, el del capitán don Juan Delgado, por haber traído las municiones de artillería, sin dejar por eso de hallarse en su compañía en los ataques que se ofrecían; a su ayudante el teniente veterano don Ignacio Saldaña; al de la misma clase don Magin Galü, por las pruebas que dio de su valor animando a la gente con la voz y su ejemplo, y al subteniente don Francisco Praz, que desempeñó con la mayor actividad otras varias comisiones que le dio para el mejor orden y reunión de su tropa.

Siguen los nombres de los capitanes, tenientes y subtenientes de dicho batallón.

La compañía de gastadores a las órdenes de su capitán don José Vizcaya, cuyo parte se copia igualmente a la letra, atacó por la izquierda al enemigo sosteniendo un fuego por más de media hora de muchos armados de fusil y caballería, le clavó un cañón y abandonó otro que dejaron, proveyéndose de los cartuchos de los cadáveres enemigos; que recibiendo orden de reunirse con el señor conde de la Cadena, lo verificó mandándole avisar a dicho señor conde con el voluntario don Antonio Ordarza que lo ejecutó con bastante riesgo suyo.

Que unida al regimiento de la Corona dio los mismos ataques a su vanguardia, que el expresado de cuerpo, hasta que se reunió al segundo batallón de granaderos para atacar al

centro del enemigo. Pondera el valor de los tenientes don José Polo, don Miguel Guillen y de don Antonio Fuentes y en particular los dos últimos; el del sargento primero Pedro Pescali y todo el resto de su compañía, en la cual fue herido de gravedad el gastador Tomás García, y de golpes contusos Mateo Durán, y los voluntarios don José Ibarra y don Antonio Ordarza, portándose este último con el mayor brío.

REGIMIENTO DE LA CORONA

Este cuerpo tuvo 23 heridos de bala, piedra y flecha; cuatro soldados muertos, y el teniente del regimiento de Toluca don Juan Pinto agregado a dicho, tuvo la gloria de morir igualmente en la acción, recomendándose con justicia su mérito para los auxilios que juzgue oportunos la superioridad, a fin de reparar en parte la suerte de su miserable mujer que vive en México con cinco hijos en la mayor miseria y escaseces, y cuya subsistencia única dependía del sudor y trabajo del expresado difunto don Juan Pinto, quedando por lo tanto sin auxilio alguno y en la más triste orfandad.

El señor coronel expone: que habiendo sido destinado su cuerpo, como vuestra señoría sabe, a las órdenes del señor conde de la Cadena, para atacar por la izquierda a los enemigos, a muy corta distancia se descubrieron éstos en su primera posición; es una loma inaccesible y protegida de cuatro cañones; que allanaría ésta por paso cómodo, ocurrió allí el enemigo en número considerable, por lo que fue preciso atacarle venciendo la fragosidad del terreno, pendiente de la subida, y cerca de gruesas y escarpadas piedras; rodeados de continuos precipicios; lo que allanó su regimiento con admirable intrepidez y presteza, posesionándose de la altura y desalojando al enemigo a quien le tomó los cuatro citados cañones y un carro de municiones.

Que notando los insurgentes que el regimiento no tenía artillería, se replegó con

precipitación y amenazó el ataque con el grueso de su caballería, a la que aguardó el regimiento formado en una columna sólida, lo que les impuso temor y respeto. Que a este tiempo venciendo incalculables dificultades debidas a la actividad y celo del señor coronel el agregado conde de Casa Rul, llegó nuestra artillería y sin detenerse un solo momento se avanzó al enemigo con un fuego vivo de bala rasa hasta ponerlo en precipitada y vergonzosa fuga.

Que siguiendo su marcha descubrieron la gran batería de más de sesenta bocas de fuego, cuya formidable posición nada contuvo el entusiasmo de la tropa y valor de sus oficiales, y principalmente del espíritu impávido del señor conde de la Cadena, pues oponiendo el valor a riesgos ansiaban por el momento feliz del avance, lo que se verificó sufriendo un fuego obstinado y activo marchando en columna y desplegando en batalla oportunamente con fuego graneado, que empezando a obrar con acierto nuestra artillería por la derecha protegida por el regimiento resistió con firmeza y serenidad el fuego violento de bala rasa y metralla, despedido por aquella formidable batería el largo espacio de hora y cuarto.

Que a proporción que los insurgentes eran rechazados por la derecha de nuestro ejército se replegaban hacia aquel punto excesivamente, cargando con temeridad sobre el costado izquierdo del regimiento que se hallaba sumamente flanqueado por la falta de la caballería, lo que obligó a su sargento mayor don José María de Villalba a mandar avanzase la segunda compañía de granaderos, 6^a y 51^a del segundo a las órdenes de sus respectivos capitanes don Joaquín de Villalba, don Bernardo de Orta y don Lorenzo del Corral, con el objeto de escarmentarlos, como se consiguió por medio de un sostenido y acertado fuego graneado, dejando aquel punto cubierto de cadáveres de insurgentes.

Consumidas las municiones de los cañones, dispuso el señor conde de la Cadena, se replegase en tanto el regimiento sobre la retaguardia, y el enemigo tocando a degüello dos veces a su caballería, intentó el ataque a dicha tropa, que no verificó escarmentados ya de lo pasado.

Distante ya el señor conde de la Cadena, en las otras atenciones de su encargo, quedaron por consecuencia bajo del mando y dirección del señor coronel las operaciones de la izquierda.

Situado este regimiento en el lugar más oportuno, aunque siempre bajo del fuego enemigo, marchó en columna luego que llegaron las municiones de artillería hasta tomar la izquierda del 2º batallón de granaderos provinciales donde desplegó en batalla, como se lo previno de orden de vuestra señoría el teniente coronel don Bernardo Villamil.

Formado ya en batalla marchó a su frente hasta posesionarse del punto que había sido desde el principio de sus ataques el objeto de su anhelo, esto es, de la gran batería. Que reunidos los enemigos con algunos cañones en su íntimo punto, fue destinado igualmente su regimiento para su ataque, lo que efectivamente se consiguió.

Encarece el enardecimiento de su tropa, teniendo precisión de hacer uso de su autoridad para contenerla. Elogia y recomienda el entusiasmo, valor y denuedo de sus oficiales que a porfía llenaron completamente sus deberes.

BATALLÓN DE PATRIOTAS

Este cuerpo tuvo cuatro heridos y tres muertos. Su comandante expone que habiendo recibido orden para que descendiendo por lo escarpado de una altura hacia la derecha del puente, a fin de que pudiese subir a la cima de la otra montaña, en donde el enemigo tenía situada una batería, lo verificó a pesar de lo intransitable de aquella cañada, posesionándose

de la batería, en donde fue atacado de mucha caballería e infantería enemiga en lo escabroso del terreno, en el que sin embargo resistió aquella turba y la hizo retroceder con bastante pérdida del enemigo a causa del fuego graneado que les hizo.

Expone también que de los escopeteros tuvo cuatro heridos que desempeñaron sus deberes y objetos a que se destinaron.

Recomienda a su padre capellán fray Alejandro Guerrero, quien en cuantas acciones ha tenido siempre ha sido constante a su lado; así para el auxilio espiritual de su tropa como aún para los mismos enemigos.

Expresa terminantemente que ni en los patriotas ni en los escopeteros hubo cobarde, ni extraviado, y que todos cumplieron su objeto con honor y bizarría.

Por último el día de la memorable acción de Puente Calderón terminó su preciosa vida el señor conde de la Cadena comandante en segundo de este ejército, y lleno todo de heridas se cubrió de una gloria inmortal por el mejor servicio del rey y de la patria, dejando una virtuosa esposa y crecida noble familia, cuya subsistencia futura es muy digna de la soberana beneficencia.

En la expresada batalla llenaron igualmente sus deberes los capitanes don Pedro y don Mariano Otero, que obtuvieron de vuestra señoría la gracia de que se les agregase en su respectiva clase, el primero a la columna de granaderos provinciales, y el segundo al regimiento de infantería de la Corona.

Finalmente recomiendo a vuestra señoría la puntualidad, exactitud y acierto con que desempeñaron sus repetidos encargos mis dos ayudantes el capitán del regimiento de la Corona don Juan Cosío y el ayudante del batallón de Tula capitán don Antonio Padilla, quienes siempre que no se destinaron a comunicar órdenes de vuestra señoría, lo que ejecutaron con eficacia y entereza, se mantuvieron conmigo inmediatos a la persona de

vuestra señoría; verificando lo mismo el cirujano mayor del ejército don José Sanz el que salió con una herida contusa en el pie izquierdo.

Guadalajara 25 de enero de 1811.— *Manuel de la Sotta Riva.*

Estado que manifiesta los muertos, heridos y extraviados que tuvo el ejército español en la función de armas del Puente de Calderón el 17 de enero de 1811

	Muertos	Heridos gravemente	Ídem levemente	Contusos	Extraviados	Caballos muertos
Infantería	8	8	34	11	0	0
Caballería	41	71	10	0	10	104
Total	49	79	44	11	10	104

Extractado de los partes respectivos.— Gaceta de México 26 de febrero de 1811 número 28.

IDEA GENERAL DE LOS ATAQUES EN QUE TUVO PARTE LA CABALLERÍA

De las noticias que acompañan dadas por los jefes de los cuerpos resulta que el de México, Puebla y San Luis con el piquete de Querétaro atacaron por la izquierda a las órdenes del señor conde de la Cadena, en unión del regimiento de infantería de la Corona y cuatro cañones; cuya división fue destinada a desalojar a los enemigos de las lomas que por aquel rumbo ocupaban; lo cual verificado, y también la toma de los cañones que las sostenían emprendieron apoderarse de la batería del centro donde experimentaron una resistencia

extraordinaria, a causa del gran número y situación de sus piezas, y multitud de caballería que las defendía; por lo cual tuvieron que tomar posición, para esperar las municiones de que ya carecían, y las tropas de la derecha que al particular mando del general en jefe atacaban a la sazón por dicho lado, del cual en auxilio del otro, o ataque de la citada gran batería, fue enviado el segundo batallón de la columna de granaderos con el cuerpo de la frontera de Río Verde, ambos a las órdenes del teniente coronel y ayudante general don Bernardo Villamil, quien con el segundo ataque que oportuna y bizarramente dispuso de acuerdo con los demás jefes, logró imponer al enemigo hasta la llegada del general, después que hubo batido por la derecha la izquierda de aquél.

Las relaciones del escuadrón de España, regimiento de San Carlos y lanceros, manifiesta que dichos cuerpos, el de patriotas de infantería ligera de San Luis, y el primer batallón de la columna de granaderos, fueron todos destinados por la derecha a penetrar en la izquierda del enemigo, después que se les hizo callar el fuego de su artillería con el acertado de la nuestra, lo que verificaron a las órdenes del señor don Miguel de Emparan, comandante general de la caballería, y del de la columna de granaderos coronel don José María Jalon, quienes rechazaron con mucho valor la multitud de caballería que les cargó acompañada de innumerable gente de a pie, estorbando de este modo pasasen a cortar nuestros equipajes y ponernos entre dos fuegos.

Finalizado el referido ataque de la derecha, y reunido el general en jefe con las tropas de la izquierda, a que ya queda dicho fue anteriormente agregado el segundo batallón de la columna de granaderos y el cuerpo de la frontera de Río Verde, dispuso que reuniéndoseles toda la artillería, al mando de su comandante y cuartel maestro del ejército don Ramón Díaz de Ortega, diesen el decisivo ataque a la citada gran batería del centro, compuesta de sesenta y ocho cañones de grueso calibre, con lo cual en pocos minutos se

obtuvo la victoria al cabo de seis horas de acción.

Por incidencia de ella resulta también que la caballería con el segundo batallón de la columna de granaderos y cuatro cañones completaron el día tomando los cinco cañones que estaban sobre una loma inmediata, lo que fue practicado a las órdenes del señor coronel don Diego García Conde, por el regimiento de México, que con el de Puebla y piquete de Querétaro estuvieron unidos durante la acción, igualmente que el de San Luis que se agregó al principio de ella, ayudando a subir la artillería por la izquierda, y el de frontera que ya queda dicho cuando pasó en auxilio de aquel costado.

La compañía de escopeteros de este último cuerpo, que se halla siempre agregada al batallón de infantería ligera de patriotas de San Luis trepó como él a las alturas de la derecha, y sostuvo aquel ataque en unión de la demás caballerías, verificándolo con empeño en el momento que se le mandó sin que le detuviera lo impracticable y quebrado del terreno.

Del cuerpo de lanceros fueron empleados en el mismo ataque por la derecha los cuatro primeros escuadrones de don Martín del Collado, don Juan Pesquera, don Gabriel Armijo, y don Francisco Orrantía, a las órdenes de su comandante el capitán don Pedro Menezo, y todos cuatro como los demás en sus respectivos destinos llenaron completamente sus deberes, a porfía con las tropas disciplinadas, según expresa dicho comandante y fue notorio.

La compañía de la guardia del general se le mandó pasar a la izquierda, de donde con especialidad fue comisionado por el señor conde de la Cadena, con nueve hombres para traer municiones del parque el alférez don Agustín de Bustillo y Bustamante, quien lo verificó con bastante riesgo por hallarse el tránsito interceptado por los enemigos, los que le mataron al soldado Aniceto Araujo.

Las compañías de voluntarios de Celaya y Guanajuato después de haber hecho las descubiertas en la víspera de la acción y escaramuceado con una avanzada enemiga, se reunieron el día de ella con la izquierda del mando del señor conde de la Cadena, donde continuaron hasta su fin, habiendo recogido la de Celaya tres cañones que retiraba el enemigo del primer ataque de las lomas de aquel costado.

Los ayudantes de esta mayoría, capitanes don José Joaquín Peláez y don Lorenzo de Obregón, y teniente don Vicente Concha, llenaron completamente sus obligaciones comunicando las órdenes con la mayor actividad y desprecio de todo riesgo.

Guadalajara, enero 29 de 1811.— *Manuel Espinosa Tello.*

Parte que el comandante de artillería, da al señor comandante general del ejército de lo ejecutado por aquella arma el día 17 de enero en la batalla de Calderón

Dos cañones de a caballo y otros dos de infantería mandados respectivamente por los tenientes del cuerpo don Pedro Sagarra y don Francisco Montalvo fueron con las tropas que atacaron la derecha enemiga, y a las órdenes del señor conde de la Cadena; condujeron la artillería ayudada de la caballería, por terrenos casi impracticables, y sostuvieron los ataques de las otras dos armas.

Como el segundo batallón de la columna de granaderos, pasó a reforzar aquellas tropas el teniente del regimiento de la Corona agregado al cuerpo don Antonio Cayre, y sostuvo los movimientos, tanto de la infantería como de la caballería con la división del parque.

El ataque de la izquierda enemiga, los sostuvieron las divisiones de a caballo e infantería, mandadas por el alférez de navío don Manuel Murga, y el teniente del regimiento de la Corona agregado al cuerpo don Francisco Falla.

Cuando replegados los enemigos desde la derecha e izquierda a su centro, se me mandó reunir toda la artillería cubiertos sus costados por la infantería, me puse a la cabeza de mi arma, batiendo a poco más de medio tiro de fusil la gran batería de los insurgentes de sesenta y siete piezas de varios calibres, y al cabo de diez minutos viendo la tenacidad de aquellos mandé poner el armón y marchar a su frente con el objeto de hacer uso de la metralla a menos de tiro de pistola; se ejecutó el movimiento alineados los cañones como si fuese un ejercicio doctrinal, y al dar la voz correspondiente de hacer fuego de metralla a su frente, di la de batalla y seguir la marcha por la proximidad en que observé a la caballería que atacaba el flanco izquierdo del enemigo; de suerte que tuvo el arma de mi mando la gloria de ser el punto de alineación de las tropas de este decisivo ataque, y de ser la primera que pisó el puesto atacado, entrando por entre los claros de los cañones que pocos minutos antes nos estaban haciendo fuego, y que encontramos casi todos cargados a metralla.

Mi segundo el teniente coronel don Juan Díaz, ha desempeñado sus funciones con el honor y tino que lo han hecho recomendable, ayudándome también en la dirección del ataque del centro, en el que no puedo hacer distinción del deseo y acierto de los oficiales, voluntarios y tropa del cuerpo y agregados porque sería agraviar a los demás; en cuyo caso se hallan el ayudante del cuerpo y teniente de fragata don Bonifacio Tosta, y el teniente del batallón de Guanajuato y ayudante del estado mayor don José María Bustamante, a quienes como a todos los demás individuos del cuerpo, los recomiendo a vuestra señoría por la brillantez con que ejecutaron mis órdenes en una acción tan recomendable.— Guadalajara 24 de enero de 1811.— *Ramón Díaz de Ortega.*

ACCIONES PARTICULARES

En el regimiento de España, hubo la de haber cogido los dragones José Terán que estaba de ordenanza del mayor general, y José Ordaz, una bandera cada uno a los enemigos; trayendo prisionero el primero al que la llevaba, y matando el segundo al conductor de la otra. Además, el sargento José Martínez, yendo a forrajear después de la función, se adelantó de su tropa y le salieron cuatro hombres con lanza, uno con fusil, que le disparó, lo cual no intimidándolo, le tiró con sus pistolas y los condujo presos al general.

En el de México el dragón Eusebio Balcázar se apoderó de una bandera con la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, dando muerte al que con obstinación la defendía. El dragón Eusebio García, que se hallaba enfermo en el hospital ambulante, salió del carro en que iba al comenzar la acción; tomó la espada de un lancero y se dirigió al ataque, y habiendo muerto al paso a un insurgente, le tomó el caballo que montaba, y puesto en él siguió haciéndose camino con muerte de otros dos que se le opusieron, hasta que llegó a su compañía, en la cual continuó los ataques que dio el cuerpo hasta concluida la acción; y de ella volvió al hospital muy agravado de las calenturas de que adolecía, resulta de la extraordinaria fatiga e intemperie de aquel día. Por las noticias que se tienen de este cuerpo se sabe que hallándose su coronel en la derecha, donde lo llevó su destino de comandante general de caballería, dispuso con acierto los ataques en que se halló este cuerpo el capitán don Fernando Antonelli, y que para su feliz éxito contribuyeron en mucho los conocimientos y bizarría del ayudante que ejerce funciones de mayor don José Moran.

En el de Querétaro, el cabo Mariano Becerra tomó una bandera que habían abandonado los enemigos en un cañón y entregó en el parque.

En el regimiento de Puebla el dragón José Domínguez mató cinco insurgentes para recobrar un estandarte que se llevaban del cuerpo de frontera. El cirujano don Mariano

Güemez, viendo que a un soldado de dragones de México le habían muerto el caballo, se apeó del suyo y se lo dio, diciéndole que sería más útil en sus manos, después de lo cual murió en la acción el mismo caballo.

En el de San Luis quitaron dos estandartes al enemigo el cabo José Eleuterio Rodríguez Negrete y los soldados Florentino y Victorino Salazar. Además, el cabo veterano Mariano Salgado, sin embargo de habersele desguarnecido su espada en la lucha que mantuvo con cuatro enemigos, se libertó dando muerte a uno de ellos; y los dragones Gil Vázquez, y José Cevallos matando a un artillero y un indio, escaparon a dos granaderos de la columna que se llevaban prisioneros. Igualmente hacen mención las noticias de este regimiento de haber servido en él durante la batalla el distinguido de patriotas don José María Bocanegra, y los paisanos don Antonio Terán y don Pedro Bustamante.

En el regimiento de San Carlos el dragón Sixto Zavala mató al capitán Sánchez, de los insurgentes, y el granadero Albino Hernández se apoderó de una bandera azul con la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe que aquél traía, además, el dragón Gabriel López, sin embargo de haber recibido una pedrada en la boca que le quitó todos los dientes, continuó con denuedo persiguiendo al enemigo. El coronel de este cuerpo recomienda especialmente al capitán don Andrés de Salas, expresando que con su ejemplo animó mucho a la tropa en el mayor riesgo; y al alférez don Juan Manuel Prieto, quien, no obstante haber perdido su caballo, continuó a pie con valor hasta que se pudo montar en otro. Igualmente recomienda a los sargentos Miguel Ortiz y José Ignacio Cruz de la primera y segunda compañía, porque con su ejemplo mantuvieron el buen orden, imponiendo al enemigo y causándole daño.

En el cuerpo de frontera de Río Verde al alférez don Francisco Mayorga, lo cercaron seis enemigos, mató dos y se desembarazó de los otros con el pronto auxilio que le

prestó el sargento distinguido don Agustín Ribera; y aunque sacó su caballo tan mal herido, que vino a morir al campo, siguió bizarramente en unión del mismo sargento, matando cada uno después a cuatro enemigos, además de haber libertado al mismo alférez Mayorga, al soldado Esteban Yongitud, a quien en su caballo llevaba prisionero un insurgente. También el porta don Macario Guerrero fue acometido de siete enemigos, de los cuales uno le dijo que rindiese a su general el estandarte, a lo que contestó tirándolo del caballo de un pistoletazo; y socorrido del sargento don Agustín Ribera y los soldados Benito Fernández, Eusebio Ponce y Ponciano de Arcos, hicieron huir a los demás, conservando el estandarte; así mismo alzó del suelo otro de nuestros regimientos que sin duda quedó caído por muerte del que lo llevaba. Igualmente el alférez don Zenón Fernández, llevando a su lado al soldado Victorio Solano, fue acometido por seis enemigos, que rechazó matando a uno, aunque con la desgracia de que muriese Solano. Además el soldado Ponciano de Arcos, no sólo ayudó al porta don Mariano Guerrero, como queda expresado, sino que adelantándose en la persecución de los enemigos al tiempo que mató uno fue sorprendido de otros dos, y atravesada con lanza toda su ropa tuvo la felicidad de que sólo le raspase el pellejo, y la de que de un balazo que tiró el porta Guerrero quedase el enemigo muerto a los pies de su caballo, al tiempo de atacar una batería, el teniente don José María Cascos, avisó de un cañón que estaba por la izquierda, y avanzando en unión del soldado Ponciano de Arcos, fue cogido en el acto de estarlo cargando, y conducido por el mismo Cascos, lo entregó en el parque después de la acción.

Total de toda la artillería	7	3	5	37	1	18	14	1	1	95
------------------------------------	----------	----------	----------	-----------	----------	-----------	-----------	----------	----------	-----------

Municiones

CALIBRES.....	4	8	12	De fusil	TOTAL	
Balas.....	360	504	-	-	864	Además se tomaron 355 saquillos de pólvora de
Idem encartuchadas...	104	-	73	18000	18177	varios calibres, 400 granaditas de bronce, 3.0
Idem chicas de varios calibres.....	-	-	-	-	50	Lanzafuegos, 6000 piedras de chispa criollas, 27 cajas
Total	464	504	73	18000	19541	De pólvora, y 6000 saquillos de metralla cortada,

NOTA: Las 44 piezas procedentes de las fundiciones del rey, se han conducido a Guadalajara, y las restantes fundidas por los insurgentes se desmuñonaron, clavaron y se metieron a fuerza en muñones por la boca, y se enterraron. La mayor parte del balerío de cañón es inútil para nuestro servicio, y porción de él quedó en el campo. Se tomaron también porción de fusiles que los cuerpos han entregado en la sala de armas de esta capital, y que serían comprendidos en el inventario general.

Guadalajara y enero de 1811.

Ramón Díaz de Ortega.

La edición del tomo II de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza
Rosa América Granados Ambriz
Raquel Güereca Durán
Rodrigo Moreno Gutiérrez
Eric Adrián Nava Jacal
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602